
¡Desertad!

Reflexiones fragmentarias sobre la guerra, la patria y la igualdad

di

Carmen Magallón*

Abstract: Against the backdrop of the war in Ukraine, the article draws lessons from the stories of women from the near past, our grandmothers, and presents features of pacifist feminism and the tradition it shaped in the 20th century, presenting women's peace groups and pointing to the birth of pacifist feminism in the strict sense, with the founding of WILPF. She points out the importance of passing on the legacy of this tradition to new generations and questions its invisibility, as well as the legacy suffered by conscientious objectors and refusniks who demand the right not to kill, a group with which pacifist feminists can establish alliances. She defends revisiting the figure of the deserter, granting them the freedom and honor that they are socially denied; also, the need to rethink language, in the time of social networks, and to exert cultural influence. It provides brief reflections on equality, homeland, and heroes in line with Virginia Woolf's thoughts in *Three Guineas* and proposes to return to The Hague to raise once again a powerful dissident voice against war and weapons.

La historia no avanza linealmente. En algunos aspectos estamos retrocediendo, volviendo a lo peor del pasado. Es el caso de la guerra de Ucrania, reproductora en parte de la tensión de la Guerra Fría y la vuelta al enfrentamiento armado en Europa. En esta guerra vemos de nuevo crecer las víctimas, la destrucción de las ciudades, los desplazamientos de población y la reproducción de los estereotipos de género caracterizados como alma bella y guerrero justo. Las viejas nociones de patria y heroísmo belicista laten bajo una mayoría que se aferra a las armas como vía de salvación. ¿Qué historias nos contaron nuestras abuelas que vivieron la guerra? ¿Dónde posicionarnos para avivar lo que aprendimos hace tiempo? En el tiempo de

* Carmen Magallón Portolés es Doctora en Historia y Filosofía de la Ciencia, Licenciada en Físicas y Postgrado en Filosofía. Habilitada para Profesora Titular de Universidad. Catedrática y profesora, ha sido directora de la Fundación SIP (2033-2018), institución de investigación de la que ahora es presidenta. Cofundadora del Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer en la Universidad de Zaragoza y editora de la revista *En Pie de Paz* (1986-2001). Fue parte de *Mujeres de Negro* y elegida miembro del Consejo de War Resisters' International (1998-2001). Elegida presidenta de WILPF España (2011-2019), ahora es presidenta de Honor. Sus temas son: la historia de las mujeres en la ciencia y las relaciones entre género, ciencia y cultura de paz. Algunos libros: *Una mirada sobre las Relaciones Internacionales desde las vidas de las mujeres*, Madrid, Horas y horas, 2012; *Mujeres en pie de paz*. Madrid, Siglo XXI, 2006; *Pioneras españolas en las ciencias*. Madrid, CSIC, 1998 y 2004. Más publicaciones: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=173130>.

las redes sociales y la influencia de los medios, ¿cómo recuperar las experiencias y movimientos invisibilizados contra la guerra, agitarlos y sacarlos a la luz con una voz potente? En esta tarea, que es a la vez política y cultural, el feminismo pacifista no parte de cero. Lo que sigue son reflexiones fragmentarias, al hilo del pensamiento de Virginia Woolf en *Tres Guineas* y años de participación de la autora en el movimiento feminista pacifista.

Lo que aprendí de mis abuelas

Si el feminismo creció en mí como rebeldía a las imposiciones y negaciones ligadas al ser mujer en años de la dictadura franquista, la semilla del rechazo a la guerra fue sembrada por mis abuelas. Ellas fueron mujeres del campo que vivieron la Guerra Civil Española (1936-1939) en un pueblo cercano al frente donde tenían lugar los combates, en el Bajo Aragón de Teruel, España. Cuando era niña, escuché de sus labios muchos relatos de guerra, incluido el bombardeo que sufrió nuestro pueblo, Alcañiz, el 3 de marzo de 1938, un año después del más conocido bombardeo de Gernika. Mi abuela materna María Cortés Terraza, vivía con sus hijas e hijos pequeños en una finca de campo con amplia casa situada a cuatro kilómetros del pueblo. Los hijos mayores habían sido reclutados. Como el frente estaba cerca, los militares ocuparon parte de la casa. Primero se instalaron en ella los defensores de la legítima República, un coronel y varios tenientes, con casi treinta hombres acampados alrededor y varias ametralladoras. Después llegarían los militares franquistas, entre los que había un grupo de italianos. Unos y otros prohibían esconder y dar comida a personas ‘del otro bando’: “Me decían que no diera de comer a éstos, que no acogiera a aquellos y yo contestaba que mi casa estaba abierta a todo el mundo y que mientras tuviera comida, todo el que pidiera comería”, contaba mi abuela María. El caso de mi otra abuela, Tomasa Lizana Torres, es también ilustrativo de una práctica que se coloca por encima de los bandos enfrentados. Se había enterado de que el médico de Barcelona, al que meses atrás había acudido con su hija enferma, había sido traído preso a la cárcel del pueblo. Pues bien, pese a ir contracorriente de los que entonces mandaban, desde el primer momento se ocupó de llevarle a la prisión alimentos y ropa.

Como contrapunto, tengo el relato de la experiencia de mi padre que en los últimos años de guerra fue llamado a filas, tuvo que coger las armas y defender a la República en la llamada ‘Quinta del biberón’. Al finalizar la guerra, acabó en los muelles de Alicante, donde vio cómo se suicidaban quienes esperaban barcos para salir de la España derrotada, barcos escasos hacia el exilio y otros que nunca llegaron. Él, junto a sus compañeros, fue retenido en la plaza de toros de Valencia, donde pasó varios días sin comer, ingresado después en un campo de concentración en Castellón y posteriormente enviado a realizar tres años de Servicio Militar obligatorio en La Coruña, al otro extremo de España. Y aunque, pese a todo, sobrevivió, siete de los mejores años de su vida fueron consumidos, malgastados, pienso yo, en lo que institucionalmente se llama “servir a la patria” o servicio de armas.

Esta introducción histórica de la experiencia de mi familia (Magallón 2006), me permite hablar del comportamiento de hombres y mujeres en guerras actuales, por ejemplo, en Ucrania, con el trasfondo del dolor y vivencias de otra guerra. Sirve de

base así mismo para ampliar la noción de víctima en la guerra, pues a mis ojos, mi padre fue una víctima: un hombre que, por el hecho de serlo, vio truncada su juventud y tuvo que ir al frente, a sus escasos 17 años. Por analogía asimilé como víctimas a muchos de los combatientes, soldados, milicianos, de uno u otro bando, varones todos, obligados por el mandato de género a tomar las armas.

Por su parte, mis abuelas también fueron víctimas, aunque nunca las identifiqué como tales. Por las historias que me contaban, las percibía como mujeres fuertes, imbuidas de valor, capaces de resistir las duras condiciones de la vida cotidiana en una guerra. Ellas fueron protagonistas de una actividad que me parecía, y me parece, realmente importante y básica, a saber: sostener la vida en medio de un enfrentamiento a muerte de dos bandos. Puede pensarse que actuaron así porque no tenían una opción política. Creo que mis abuelas, al elegir el dar de comer, el sostenimiento de la vida por encima de las diferencias ideológicas, estaban optando por una política más radical y civilizatoria asentada en una raíz más básica y potente: la política de priorizar la vida y el cuidado (Magallón 2006). Muchas mujeres campesinas españolas actuaron entonces de modo similar. Ciertamente, no tenían conciencia de ser feministas, pero sus actitudes y acciones encajaban en principios que el feminismo pacifista reconoce como propios.

El feminismo pacifista

Soy consciente de que, a lo largo de este texto, al hablar de feminismo pacifista incluyo acciones o movimientos que no se tildaron a sí mismos de feministas, utilizando de manera indistinta femenina y feminista; intercambio así mismo feministas y mujeres, como si fueran lo mismo. Por supuesto, no lo son, pero no es mi propósito aquí entrar en estos debates. Sólo diré que según el momento histórico y circunstancias contextuales o según qué se considere feminista, a estos términos puede atribírseles un significado similar. Pondré algún ejemplo: en 1910, las universitarias argentinas organizaron en Buenos Aires el I Congreso Femenino Internacional. En él, y precisamente en el discurso inaugural, debatieron sobre feminismo, pero no tildaron de feminista a su congreso. Pues bien, cuando en 2010, las feministas argentinas quisieron celebrar los cien años de aquel inicial congreso, lo convocaron como II Congreso Feminista Internacional, esta vez sí, nombrado como feminista, asumiendo que ambos lo fueron (Blasco y Magallón 2020). Tampoco inicialmente se etiquetó de feminista la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF), aunque a su nacimiento en 1915 se le puede considerar el origen del feminismo pacifista organizado.

El feminismo nació para defender derechos negados a las mujeres, derechos de ciudadanía como el derecho a voto, a la educación y a ejercer las profesiones. Con el paso del tiempo se fue diversificando y mujeres que no se reconocían en la expresión del feminismo existente lo recrearon desde su realidad y le añadieron adjetivos. De hecho, fue así desde sus inicios, pues las mujeres negras impugnaron el feminismo de las mujeres blancas desde el principio. Es clásica la pregunta de Sojourner Truth en su intervención en la Convención de los Derechos de la Mujer realizada en Akron de 1852: “¿Acaso no soy una mujer?”, momento que se considera el origen de un feminismo negro. Los distanciamientos y conflictos en el seno

del feminismo han sido constantes, pero aun dentro de las discrepancias, las discrepantes continuaron reclamándose feministas. En la acción política de este movimiento diverso, plural e interseccional, Catia Confortini (2013) identifica algunos principios que reconocemos como feministas y que pueden ayudar a evaluar si un grupo o una acción puede considerarse como tal. Estos principios son: el cuestionamiento e interpelación al poder, la ética del cuidado, la empatía y la afirmación de la vida. El feminismo, sigue diciendo Confortini, es un movimiento abierto y en proceso (*work in progress*) y una de sus potencialidades es la capacidad de abrir espacios para que puedan oírse voces no escuchadas de mujeres y otras personas marginalizadas. En este sentido, hay un enriquecimiento del movimiento producido por las nuevas voces que se suman a la corriente feminista. De este modo lo entienden las feministas comunitarias de las Américas, por ejemplo, Francesca Gargallo (2014). Esta autora, tras escuchar a la aymara boliviana Julieta Paredes y a Lorena Cabnal, indígena maya-xinka de Guatemala, ha escrito sobre los feminismos de corte no occidental en Abya Yala (América), explicando que su noción de feminismo se constituye por dos ideas fuerza: la construcción de una buena vida – mejor situación – de las mujeres y la erosión del patriarcado.

Desde esta perspectiva de enriquecimiento del movimiento se añaden adjetivos y proyecciones que si bien no son asumidos por el conjunto del movimiento son parte de él. Así, hablar de feminismo pacifista especifica una línea dentro del feminismo que no abarca al total, pero que es importante y que amplía el tipo de derechos reclamados por las mujeres, en este caso, el derecho a decidir sobre la guerra y la paz. Se trata de una línea que no abarca al total porque no todos los feminismos son pacifistas como tampoco lo son todas las mujeres. La ligazón simbólica entre mujeres y paz se construyó mediante un proceso de naturalización, que dio por esencial lo que en realidad es un mandato de género. El feminismo pacifista rechaza el esencialismo – negador de la libertad humana –, atribuye la fuerte unión entre mujeres y paz a la labor de la cultura – el arte, la literatura, el pensamiento filosófico – a lo largo de los tiempos. Los abundantes datos de la realidad, pasada y presente no corroboran la idea de la mujer pacífica, más bien al contrario, muestran que su participación como combatientes viene de lejos: las mujeres han pertenecido a guerrillas y otros grupos armados, han tomado parte en acciones bélicas y en las últimas décadas han puesto de manifiesto su deseo de participar en los ejércitos profesionales aumentando su presencia en ellos de manera significativa. Con su participación en la lucha armada y en acciones violentas, las mujeres están demostrando que no poseen una naturaleza especial, no son moralmente mejores que los hombres (Magallón 2006). El binomio mujer pacífica/hombre violento o la mujer como *alma bella* y el varón como *guerrero justo*, son dos caras de una misma moneda que se realimentan y se refuerzan mutuamente (Elsthein 1995).

En el feminismo organizado, a principios del siglo XX se va creando un movimiento internacional o transnacional de mujeres que fue diversificándose al hilo de la concreción de los objetivos perseguidos. El movimiento fue dando pasos definitivos con opciones que lo concretaron y enriquecieron: del Consejo Internacional de Mujeres (International Council of Women, ICW, 1888) de amplias pretensiones de carácter socio-cultural, se pasó a la reivindicación de la ciudadanía política expresada en el derecho al voto, objetivo de la Alianza Internacional de la Mujer por

el Sufragio (International Woman Suffrage Alliance, IWSA, 1904) y después a perseguir la erradicación de los sistemas de guerra, fundando la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (Women's International League for Peace and Freedom, WILPF, 1915) (Leyla Rupp 1997). Precisamente el nacimiento de esta última organización en el Congreso de La Haya de 1915 supuso el inicio de un feminismo pacifista en sentido estricto. WILPF nació de la mano de sufragistas que quisieron parar una guerra en marcha e incidir en una política internacional carente de mecanismos de regulación de conflictos y regida por líderes que conducían a sus países a la guerra. Las mujeres del Congreso de La Haya aprobaron veinte resoluciones que contenían bases, principios y propuestas para crear un entramado institucional y legislativo y líneas de acción política y educativa que posibilitaran encauzar los conflictos de intereses entre países por vías de diálogo, arbitraje y negociación (Tims y Bussey 1980; Foster 1989; Blasco y Magallón 2020).

Contra la guerra, no partimos de cero

Al igual que sucede con la ciencia, actividad en la que somos capaces de avanzar con una mirada poderosa porque “estamos subidos a hombros de gigantes” (Newton, 1676) – nosotras añadimos “y de gigantas” (Morrón 2021) – en el posicionamiento y trabajo contra la guerra las feministas pacifistas no partimos de cero, disponemos de una tradición que nos ha dejado un rico legado de pensamiento y prácticas del que es posible aprender. Precisamente, nuestra fuerza contra la guerra se acrecienta cuando somos capaces de sentirnos vinculadas e insertarnos en esta tradición, visibilizarla, divulgarla y nutrirnos de su legado. Si nos atenemos al siglo XX – antes hubo también ejemplos de mujeres oponiéndose a la guerra – el movimiento feminista pacifista incluye a WILPF, sí, pero hay más grupos de constructoras de paz. Observamos, no obstante, cómo este movimiento no es conocido, está invisibilizado, lo que impide que las nuevas generaciones puedan identificarse con él. Son muchas las autoras que han indagado sobre la devaluación y ocultación de la sabiduría y la acción de las mujeres (herstory), y dentro de ella la opción civilizatoria contra la guerra de tantas mujeres del pasado. Dale Spender (1982) en *Women of Ideas and What Men Have Done to Them*, cuyo título es bien significativo, dice claramente que rescatar el pasado de las mujeres es una tarea que cada nueva generación tiene que volver a abordar. La ausencia de transmisión de la experiencia femenina, en la medida en que poder y conocimiento caminan juntos, crece en la misoginia de poder, en la prohibición de la palabra a las mujeres en la esfera pública, donde sus voces “son acalladas (y) el relato está al cuidado de los hombres” (Beard 2018, p. 16).

Insertarnos en la tradición del feminismo pacifista proyecta nuestra acción del pasado al presente y nos da sentido y fuerza para diseñar otro futuro. A lo largo de los siglos hubo grupos de mujeres capaces de afrontar los conflictos de toda índole (intereses, creencias, ideologías...) sin recurrir a la violencia, mujeres que se opusieron a la guerra y los conflictos armados, grupos en los que crecieron visiones y prácticas contrapuestas al militarismo. Las hemos llamado *mujeres en pie de paz*. Lo hicimos para salirnos del aserto latino que afirma *si vis pacem para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra) y colocarnos en otro paradigma que afirme: si

quieres la paz, prepara la paz. Las filosofías y los objetivos que les guiaron fueron diversos, aunque en general compartieron el intento de deslegitimar la lógica que pone en juego la vida de los seres humanos para perseguir intereses materiales, ideológicos o de poder.

Para acercarnos a la rica y plural experiencia del trabajo y las motivaciones de estos grupos, podemos agruparlos en función de los objetivos principales que les llevan a organizarse. Sin ánimo de exhaustividad, en las últimas décadas, Magallón (2007) identifica grupos de mujeres organizados:

a) Para oponerse a la guerra o las políticas militaristas y de agresión que llevan a cabo sus gobiernos (ej. Red de Mujeres de Negro).

b) Para acercar, a través de la relación y la búsqueda de puntos comunes, a personas de grupos enfrentados, de los que ellas forman parte. Para romper las barreras entre bandos que pelean y acercar comunidades divididas y enfrentadas (ej. Mujeres católicas y protestantes en el Ulster).

c) Para la búsqueda de soluciones no militares a conflictos estructurales (ej. Ruta Pacífica de las mujeres colombianas).

d) Contra la impunidad: para que no se repitan los genocidios, las desapariciones y las persecuciones sufridas por determinados grupos humanos (ej., Madres de Plaza de Mayo, Argentina; Viudas de Guatemala).

e) Para apoyar a mujeres que viven en situaciones de guerra o de falta de libertad y derechos humanos, en países distintos al suyo (ej., europarlamentarias, numerosos grupos feministas pacifistas).

f) Para lograr que el trabajo de base de las mujeres cuente en la toma de decisiones a través de un trabajo de lobby en los organismos internacionales e instituciones de todo tipo (ej., WILPF).

g) Para retar y ofrecer líneas alternativas a las construcciones patriarcales en la Academia y el conocimiento instituido, construcciones que históricamente han servido, y siguen sirviendo, de base para legitimar el militarismo y la guerra (académicas-activistas feministas pacifistas).

Esta tradición otorga valor asimismo a la experiencia de una mayoría de mujeres anónimas que trabajaron para mejorar las condiciones de vida, suyas y de la comunidad, construyendo paz positiva y convirtiendo el maternaje o prácticas de crianza y cuidado de los seres dependientes en fuente de recursos para construir cultura de paz (Ruddick 1989; Magallón 2001). Hemos de reconocer, el trabajo de décadas de las filósofas feministas que con su crítica al conocimiento transmitido sentaron las bases de una nueva fundamentación y validación del saber y permitieron sacar a la luz las contribuciones de las mujeres a la ciencia, las relaciones internacionales y a una política de paz. Cuando desde el *Feminist Standpoint* (Hartsok 1983; Collins 1989, 1990; Ruddick 1989) se afirma que todo conocimiento es situado, es decir, que las preguntas y las búsquedas, los problemas a indagar, arraigan en la experiencia de un grupo humano, nos damos cuenta de que el peso de la influencia del patriarcado es clave en la invisibilización del saber y el hacer de las mujeres. Las epistemologías feministas nos ayudaron a ver más allá de las figuras destacadas, las que encajan en el paradigma de *los grandes hombres*. Por supuesto, la primera Nobel de la Paz en 1905, Bertha Von Suttner, su *¡Abajo las armas!* y la larga lista de mujeres de excelencia que le siguieron, con premios o sin ellos, mere-

cen ser conocidas y reconocidas, pero seamos conscientes de que en absoluto agotan la riqueza del trabajo femenino contra la guerra a lo largo de la historia.

Derecho a no matar

Volvamos al hoy y al título de este trabajo, *¡Desertad!* Es este un grito que crece en mí tras contemplar en televisión la noticia de la imposición de medallas a jóvenes mutilados de guerra rusos, jóvenes que aparecen en la pantalla tristísimos. Han perdido una pierna, un brazo, su proyecto vital. Triste escena de hospital que seguramente tendrá su paralelo en Ucrania. Lo pongo en la cabecera para darle visibilidad porque considero que es una llamada que podemos hacer a los hombres y que no hemos de reprimir, es un grito que, en la medida en que puede ayudar a erosionar la guerra y la desconsideración social de la figura del desertor, nos concierne como feministas pacifistas. Una mayoría social denigra al desertor y le atribuye un valor negativo, la cobardía, ignorando la fuerza interior que necesitan quienes reafirman su derecho a no matar. ¿Cómo podemos seguir mirando hacia otro lado? ¿Acaso lo hicieron las Madres de Soldados rusos en Chechenia cuando fueron a buscar a sus hijos al frente?

Sacar de la pelea a los jóvenes es un noble empeño contra la guerra, con un pasado que también está siendo invisibilizado. El movimiento de jóvenes varones contra el reclutamiento forzoso y la instrucción militar tampoco parte de cero. En el caso de España, en las últimas décadas del siglo XX hubo un amplio y exitoso movimiento de insumisión al servicio militar, entonces obligatorio. En él participaron miles de jóvenes hasta lograr eliminar la obligatoriedad de realizar ese servicio, logro alcanzado en 2001 (Ajanzig 2004; Ajanzig y Sainz de Rozas 1992). Este movimiento formó parte de la War Resisters' International, WRI, organización que nació a principios del XX para acoger a quienes se negaban a empuñar las armas, objetores e insumisos y de la que forman parte feministas pacifistas. Durante la guerra de Bosnia-Herzegovina y a través del grupo de Mujeres de Negro fui parte de ella, elegida para su Consejo en Croacia.

En Ucrania, los integrantes de la WRI condenan las acciones armadas de ambos lados, llamando a las partes a negociar seriamente. A través de sus redes internacionales apoyan a quienes, de uno u otro bando, se atreven a desertar. Defienden el derecho a no matar. Porque como afirman sus principios "La guerra es un crimen de lesa humanidad, por lo que estamos decididos a no apoyar ninguna y cooperar para eliminar sus causas". Quienes mantienen estos principios son aliados del feminismo pacifista contra la guerra, que no ensalza la lucha armada como vía de transformación social. Incluso cuando es legítimo defenderse, como es el caso de una invasión, trata de iluminar y dar a conocer ejemplos históricos que abren opciones, alternativas o complementarias, de resistencia civil. No podemos olvidar lo que la historia nos ha mostrado a menudo: cómo atentar contra la vida humana contamina hasta los mejores fines. En estos días, se nos está presentando como evidente que sólo es posible defenderse con las armas. Pero la evidencia es construida, tanto por lo que se nos muestra en los medios como por lo que se visibiliza del pasado. Se necesita una transmisión más rica de cómo los pueblos se han defendido frente a agresiones armadas en épocas anteriores, pueden verse los ejemplos que

aportan April Carter, Howard Clark y Michel Randle (2013) y también Howard Clark (2009). Sin negar el poder de las armas, cuando el planeta puede ser destruido varias veces por el arsenal nuclear, más nos vale educar y cultivar las vías capaces de apelar a la humanidad del agresor.

Sobre igualdad, patria y heroísmo belicista

En su sabio y certero análisis feminista sobre la guerra, Nela Porobić (2022) ha apuntado tres claves sostenedoras del actual desorden mundial que nos aboca a la guerra y la destrucción del planeta: el patriarcado, la militarización y el neoliberalismo. En combinación y reforzándose, generan subordinación y violencia contra las mujeres, negocios de armas y una desregulación que permite la destrucción de ecosistemas y lugares donde la vida en comunidad con la naturaleza es necesaria para sobrevivir. La guerra hace tiempo que ha vuelto, en realidad nunca estuvo ausente: en Siria, en Yemen y en muchos otros lugares sigue latiendo, hay guerra contra las mujeres en Afganistán, se mantiene la violencia contra los seres humanos diversos, también contra la Naturaleza y las comunidades que ven amenazada su subsistencia debido a conflictos medioambientales. En el *Global Atlas of Environmental Justice* puede verse la enormidad del problema, el gran número de conflictos de origen medioambiental, su geolocalización y su contenido explicado. La guerra contra las comunidades que llevan a cabo las industrias extractivistas en la América Latina es un ejemplo sangrante.

Sin olvidar las puntualizaciones anteriores, en los últimos meses nos ha impactado la Ucrania invadida por el ejército ruso, comandado por Putin. Hemos visto cómo se reproducían los estereotipos o mandatos de género, una mayoría de mujeres salió del país con los niños y niñas, mientras los hombres y algunas mujeres se quedaban a pelear. La primera pregunta que emerge es: ¿ha habido libertad para irse del país o quedarse? Parece que sí la han tenido las mujeres para salir, no así los hombres, lo que vuelve a poner de manifiesto que el sistema de guerra se atiene a los límites de los mandatos de género y fuerza su cumplimiento. Si eres una mujer, tu deber primero es asumir el cuidado, aunque en menor medida también se te permite tomar las armas. Si eres un hombre, debes pelear y se te prohíbe escapar de esta obligación. La segunda pregunta es qué valor atribuimos a cada una de estas conductas. Reconozcamos que una mayoría, también dentro del feminismo, sigue mirando con cierta conmiseración a las mujeres que han abandonado Ucrania, huyendo en compañía de las personas más vulnerables, niños, niñas, ancianos, mientras admiran y aplauden el valor de los guerreros y la defensa armada. ¿Qué es lo que hace que mantengan el halo de héroes y heroínas, quienes empuñan un arma? ¿Por qué son devaluados quienes deciden asumir el cuidado de la vida? ¿No es más valioso y defendible cuidar que matar? ¿Por qué los hombres no rompen con su estereotipo guerrero? Teniendo como fondo la guerra de Ucrania es observable que los mandatos de género no sólo establecen una desigual asignación de papeles a hombres y mujeres, sino que también están jerarquizados en cuanto al valor que se les atribuye. Los comportamientos que suenan a evidentes e irremediables están mostrando que las mentalidades que nos conforman están empapadas de patriarcado y militarismo. El feminismo pacifista, además de sumarse a las voces que cla-

man para que haya una mediación que facilite una negociación efectiva que ponga fin a la guerra, puede ir más allá. Puede realizar una labor en el terreno de los discursos, en los medios y las redes sociales, desvelando algunas raíces que arraigan en la cultura profunda y que merecen una revisión crítica. Lo que me lleva a apuntar y cuestionar -volver una vez más a cuestionar- las nociones de *patria* y de *igualdad*, claves conformadoras de identidades, comportamientos y reacciones, en este caso ante la guerra. Y volver a hacerlo, al hilo del pensamiento de Virginia Woolf.

Enseñanzas de Virginia Woolf

El pensamiento de Virginia Woolf sobre la guerra es bien conocido y tiene en *Tres Guineas* una de las reflexiones más lúcidas y profundas que se han hecho sobre los aspectos de género implicados en el problema de la guerra. Escribió este libro cuando algunas fotografías de los horrores de la Guerra de España enviadas por el Gobierno de la legítima República llegaron a sus manos, en un ambiente prebélico en Europa y con dudas en su círculo sobre la posibilidad de mantener el pacifismo ante la amenaza nazi. Quien se las envió le pedía que escribiera sobre cómo podían las mujeres ayudar a evitar la guerra. Publicado inicialmente en 1938, una respuesta sucinta a la pregunta se halla en la conocida frase: “la mejor manera en que podemos ayudarle a evitar la guerra no consiste en repetir sus palabras y en seguir sus métodos, sino en hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos” (Woolf 1977, p. 193), una invitación a salirnos del paradigma de pensamiento y acción patriarcales. Comparto profundamente el análisis que hace de *Tres Guineas* Elena Grau, amiga y compañera en el grupo editor de la revista “En pie de paz” (1986-2001), una revista que fue referencia en el movimiento pacifista antinuclear español de los años 80 del siglo pasado. Ella resalta la importancia que otorga V. Woolf a lo que llama lealtades simbólicas de los hombres y fundamentos de la virilidad: la patria, el honor, el heroísmo, lealtades que unen a los hombres con la guerra. Subraya también que Virginia habla poco “de las consecuencias y del horror de la guerra porque parte de una idea, nunca la guerra, y no necesita argumentarla [...] Su esfuerzo es medir la acción humana, de mujeres y hombres, en presencia de este horizonte. Y al poner la guerra como medida, o como horizonte de nuestra acción, trasciende la idea de guerra como hecho bélico y se interesa por todo aquello que en nuestro hacer apunta en última instancia a sostener unas relaciones, una cultura y un mundo simbólico que albergan la violencia y conducen a la guerra” (Grau 2000, p. 43). Aprendiendo de estas enseñanzas, pongamos el foco en la cultura y actuemos en ella, reconceptualicemos nociones rancias del pasado con tanto peso en el presente, interroguémonos acerca de cómo actualizar el pensamiento y lenguaje de Woolf en el tiempo de las redes sociales y las influencer.

Sobre la patria

¿Siguen siendo válidas las preguntas que se hacía sobre este asunto Virginia Woolf (1977) cuando escribió *Tres Guineas*: “¿Qué es este ‘patriotismo’ que lleva a la guerra?” (Woolf 1977, p. 16) “¿Qué significa para mí la patria, siendo como

soy una extraña?” (Woolf 1977, p. 146)”. Para ella, las mujeres no son opuestas a la guerra por naturaleza, ni los hombres son, por naturaleza, favorables a ella. Pero creía que por razones histórico-sociales las mujeres tenían un mayor potencial para oponerse a la guerra, un potencial que no se basa en la maternidad sino en su histórica exclusión del poder y la riqueza. Es por eso que el patriotismo, tantas veces esgrimido para pelear, tiene menos sentido para las mujeres. Desde esta exclusión, ella situaba a las mujeres en el lugar de la extrañeza, dándole a esta extrañeza un contenido que se vuelve positivo al reivindicarse ciudadana del mundo. En lo que puede interpretarse como esperanza para otro futuro defenderá la pervivencia y valor de este lugar simbólico extraño al paradigma de la guerra: “En mi condición de mujer no tengo patria. En mi condición de mujer, no quiero tener patria. En mi condición de mujer, mi patria es el mundo entero” (Woolf 1977, p. 48).

Hoy es posible ver que la patria sigue configurándose en el horizonte patriarcal nacionalista como un territorio, además un territorio con fronteras. Es cierto que nuestras ciudades, casas, paisajes, edificios emblemáticos, están en un territorio dado y que efectivamente estamos ligados afectivamente a ellos. Pero ante el desastre que causan las guerras, tomando como motivo la defensa de la patria, hemos de reflexionar y plantearnos qué sentido tiene la defensa de las fronteras si los seres humanos que vivían en esas ciudades, en esas casas, acaban muriendo sometidos al embate de la guerra ¿Por qué hay que morir por la patria? ¿Qué patria es esa que exige la muerte para su defensa? Tengamos en cuenta así mismo lo que aprendimos de las Mujeres de Negro en los años 90. En su día, de Stasa Zajovic, integrante de Mujeres de Negro de Belgrado y amiga entrañable, obtuvimos una sabiduría que sigue estando vigente. Ante la guerra de Bosnia-Herzegovina, con tantas muertes y violaciones masivas de mujeres, una constante que se repite en la historia, hoy también, le escuchamos decir que la primera patria es el cuerpo de una mujer, un cuerpo que bajo opción libre es capaz de albergar los futuros seres humanos. Desde este pensamiento y desde mi propia convicción concluyo que son las vidas las que conforman la patria que vale la pena.

Sobre la igualdad

La idea de igualdad que predomina en nuestro entorno de sociedades occidentales es la que toma como medida al varón blanco, de clase media y su experiencia histórica, una experiencia salpicada de guerras y actitudes de dominación, en la que la condición de ciudadanía se alcanzaba a través de la propiedad y el servicio de armas. En España, las feministas pacifistas comenzamos a poner en cuestión esta noción de igualdad al rechazar que para ser iguales teníamos que reclamar hacer el Servicio Militar obligatorio. En este caso, decíamos, que sean los hombres los que se igualen a nosotras y rechacen esa obligación. Pienso que una de las tareas del feminismo pacifista es reivindicar una igualdad que contemple e incorpore aspectos de la experiencia histórica de las mujeres, en particular su dedicación al cuidado de la vida de los seres humanos. En esta línea, no me parece criticable, sino todo lo contrario, la opción de salir del país y hacerse cargo del cuidado de los grupos vulnerables, tomada por muchas mujeres ucranianas. Desde esta noción de igualdad, con la llamada a desertar, propongo a los hombres, ucranianos, rusos o de cualquier

país, que hagan lo mismo, que reivindiquen ser iguales a las mujeres y defiendan la libertad de salir de los territorios donde se lucha.

En cuanto a los héroes belicistas, pensemos de donde surgen, cual es el modelo que se presenta a los jóvenes varones cuando se sitúan en un conflicto armado. Es la figura de un guerrero símbolo de poder, protector de mujeres y niños. Pero el reverso de la moneda del protector es un agresor en potencia. Cuando los actores armados son entrenados para matar, pese a la voluntad del entrenamiento para que el ejercicio de la violencia quede limitado a determinadas circunstancias, a menudo la proyectan en otras circunstancias más cotidianas, proyectan la violencia sobre las mujeres con las que conviven. Según el estereotipo más marcado ser masculino equivale a dotarse de la capacidad de ejercer violencia, capacidad controlada pero latente, dispuesta a hacerse presente cuando las circunstancias hagan saltar las claves precisas. En momentos de combate, sí, pero también, por ejemplo, ante compañeros que no exhiben o se identifican con el mismo esquema estereotipado masculino y, sobre todo, ante las mujeres. Volviendo de nuevo a Virginia Woolf y la parte de responsabilidad de las mujeres, ella señalará una clave para el mantenimiento de la guerra en la admiración que muestran las mujeres – hoy ya no tantas, matizaría yo – ante los héroes. Desafortunadamente la educación orientada a las niñas reproduce esta admiración y les empuja asimismo a emular a los héroes y adoptar el rol de guerreras con armas. Así las vemos convertidas en heroínas, heroínas guerreras, en los dibujos animados, donde se ven reflejadas y donde las armas son sofisticadas, sin son láseres mucho mejor, y preparan para añorar esa sofisticación en las armas del mundo real.

Interpelar al poder

Finalmente, rescatar de nuevo uno de los rasgos característicos de la tradición feminista pacifista: la necesaria interpelación al poder. El feminismo pacifista organizado trató de influir desde el primer momento en el ámbito internacional a través de las alianzas y la interpelación al poder. Interpelar es distinto de reclamar, distinto de pedir algo que el otro tiene y tú no. Es apelar a lo mejor del otro desde un plano de igualdad en la diversidad para establecer un diálogo en el que haya un reconocimiento mutuo. Interpelar es sacudir metafóricamente al otro para lograr que abra su mente a nuevas visiones. Es arrastrar al otro a una gestión conjunta y diferente del mundo. Interpelemos pues al poder, juntémonos de nuevo en La Haya y levantemos una potente voz disidente contra la guerra.

Referencias

Ajangiz Rafel, Sainz de Rozas Rafael, *La objeción de conciencia en el ámbito internacional*, in Pedro Ibarra (eds.), *Objeción e insumisión, claves ideológicas y sociales*, Fundamentos, Madrid 1992, pp. 105-150.

Ajangiz Rafael, *Objeción de conciencia, insumisión, movimiento antimilitarista, “Mientras tanto”*, 1991-1992, pp. 139-154.

Beard Mary, *Women & Power. A Manifesto*, Profile Books, London 2018, trad. Silvia Furió, *Mujeres y poder. Un manifiesto*, Crítica, Barcelona 2018.

Bussey Gertrude, Tims Margaret, *Pioneers for Peace. Women's International League for Peace and Freedom 1915-1965*, Alden Press, Oxford 1980.

Blasco Sandra, Magallón Carmen, *Feministas por la paz. La Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF) en América Latina y España*, Icaria, Barcelona 2020.

Carter April, Clark Howard, Randle Michale (eds.), *A Guide to Civil Resistance: A Bibliography of People Power and Nonviolent Protest*, vol. I, Green Print, London 2013.

Clark Howard. (ed.), *People Power. Unarmed Resistance and Global Solidarity*, Pluto Press, London 2009.

Collins Patricia Hill, *The Social Construction of Black Feminist Thought*, "Signs: Journal of Women in Culture and Society", 14(4), 1989, pp. 745-773.

Collins Patricia Hill, *Black Feminist Thought*, Unwin Hyman, Boston 1990.

Confortini Catia Cecilia, *How Matters: Women's International League for Peace and Freedom's Trips to the Middle East, 1931-1975*, in "Peace & Change", 38(3), 2013, pp. 284-309.

"En pie de paz", <http://mdc2.cbuc.cat/cdm/search/collection/piedepaz>

Elshtain Jean Bethke, *Women and War*, The University of Chicago Press, Chicago 1995.

Foster Catherine, *Women for All Seasons: The Story of the Women's International League for Peace and Freedom*, The University of Georgia Press, Athens 1989.

Gargallo Celentani Francesca, *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y propuestas de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*, Editorial Corte y Confección, Ciudad de México 2014, <http://francescagargallo.wordpress.com/> (accedido Mayo 2022).

Global Atlas of Environmental Justice, www.ejatlas.org (accedido Mayo 2022).

Grau Elena, *Sentada en mi lado del abismo. Sobre Tres Guineas de Virginia Woolf*, in "Pie de Paz", 52, 2000, pp. 40-47.

Hartsock Nancy, *The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism*, in Sandra Harding, Merrill B. Hintikka (eds.), *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science*, Reidel Publishing Company, Dordrecht 1983.

hooks bell, *Ain't a Woman: Black Women and Feminism*, South End, Boston 1981.

Jabardo Mercedes (ed.), *Feminismos negros. Una Antología*, Traficantes de sueños, Madrid 2012
<https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Feminismos%20negros-TdS.pdf>

Magallón Carmen, *El pensamiento maternal. Una epistemología feminista para una cultura de paz*, in Francisco A. Muñoz (ed.), *La paz imperfecta*, Universidad de Granada, Granada 2001, pp. 123-141.

Magallón Carmen, *Mujeres en pie de paz*, Icaria, Barcelona 2006.

Magallón Carmen, *De la reclamación de la paz a la participación en las negociaciones. El feminismo pacifista*, in “Feminismo/s: Revista del Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante”, 9, 2007, pp. 15-30, dentro del monográfico sobre *Género, conflicto y construcción de la paz. Reflexiones y propuestas* (Eva Espinar Ruiz y Eloísa Nos Aldás, coord.).

Magallón Carmen, *Mujeres contra las guerras en una Europa en guerra (1914-1945)*, in Alicia Alted Vigil, Luiza Iordache Cârstea, Laura López Martín, eds. lit., catálogo de la Exposición *Mujeres y niños en una Europa en guerra, 1914-1949*, 2021, pp. 165-174.

Morrón Ruiz de Gordejuela Laura, *A hombros de gigantes*, Next Door Publishers, Pamplona 2021

Porobic Nela, *Holding Onto Nonviolence and Feminism in the Midst of War*, 2022, <https://www.wilpf.org/holding-onto-nonviolence-and-feminism-in-the-midst-of-war/> (accedido Mayo 2022).

Ruddick Sara, *Maternal Thinking: Toward a Politics of Peace*, The Women Press, London 1990 [1989].

Spender Dale, *Women of Ideas and What Men Have Done to Them*, Pandora Press, London 1982.

Woolf Virginia, *Tres Guineas*, Lumen, Barcelona 1977 [1938].